

E. MIRET MAGDA LENA

Acabo de dar una conferencia sobre el sacerdote que requiere el mundo de hoy.

Ha sido un ciclo de conferencias organizadas por un grupo de seglares para celebrar las bodas de plata de su párroco, un hombre que cada vez quiere hacerse más de su tiempo, sin perder nada de los valores que su misión le exige de cara a la sociedad actual.

Cosa verdaderamente difícil, porque hoy nos encontramos en plena crisis clerical, en cuanto ahondamos en las inquietudes, deseos y preocupaciones de una gran parte del clero español, particularmente el que está por debajo de los cincuenta años.

El problema más agudo es la crisis de identificación que padece. Ni sabe dónde está, ni lo que es, ni para qué sirve; aunque algunos vislumbran que estamos a punto de encontrar un camino adecuado a las necesidades de los creyentes no sólo de hoy, sino, sobre todo, de mañana.

Lo que no cabe la menor duda es que la caída de vocaciones es vertiginosa. En España, los seminarios están vacíos o semivacíos, lo mismo en las diócesis que en las órdenes religiosas. Hace unos días estuve en Santander dando una conferencia sobre "Reconciliación, Amnistía y Derechos humanos", y me enteré de que el seminario está cerrado, y que los únicos seminaristas que todavía perduran son tres y se encuentran en el seminario de Oviedo. Los profesores, después de un periodo de ostracismo porque no tenían oyentes, han quedado sin trabajo definitivamente. Y en Francia acabo de leer que en 1963 entraron en los Seminarios Mayores 917 estudiantes. En 1972 entraron la cuarta parte solamente, o sea, 243. Y en el año pasado, solamente 151. De seguir así el descenso de la curva, bien poco faltará para encontrarse Francia sin vocaciones sacerdotales, o casi sin ellas.

Algunos se asustan, llevándose las manos a la cabeza, por este proceso que consideran completamente negativo. Yo no pienso lo mismo. Creo que esta disminución de los efectivos clericales, en todos los países de tradición católica, es buena en principio, porque por primera vez desde hace muchos siglos empiezan a ponerse las cosas en su sitio.

Lo primero que tenemos que recordar es lo que decía hace bien pocos años el famoso liturgista germano don Pio Parsch: "Desde hace casi unos mil años, el seglar no tenía que hacer otra cosa en la Iglesia que escuchar y obedecer" (P. Parsch, La Renovación de la Parroquia, Ed. Desclée). Y es verdad, porque en el siglo pasado uno de los más famosos arzobispos franceses, el de Burdeos, nervioso ante la creciente presencia de los seglares católicos en la vida pública de la Iglesia, se indignaba asegurando que los fieles sólo debían dedicarse a rezar.

"El sacerdote en su iglesia era el dueño absoluto" (o.c.). Se llegó a un punto en el cual "el párroco se convirtió en el pater-fa-

milia de la antigüedad". No solamente era un líder, sino un pequeño tirano en su reducido entorno religioso.

Así se creó un tipo de fiel muy característico de aquella época absolutista que, con rayos y truenos eclesidísticos, mantenía atemorizados a los simples creyentes de entonces. "De esta manera se desarrolló un tipo de seglar cristiano sumiso, obediente y humilde", el más adecuado a este modo de gobierno eclesidístico.

Pero hoy las cosas han cambiado mucho. Lo mismo los católicos progresistas que los católicos integristas, se han vuelto incómodos; y su virtud característica ya no es la obediencia ciega, sino que empiezan a tener personalidad activa en el mundo religioso. A los seglares "les faltaban las virtudes del sentimiento de su dignidad, de responsabilidad, de libertad de los hijos de Dios, de decisión, de valentía y de sinceridad".

SACERDOTES, ¿PARA QUE?

Pero hoy la cosa es muy diferente. Empieza a ocurrir un proceso de cambio respecto a la importancia del sacerdote. Y esto ocurre porque, aparte de esta mayor conciencia activa del seglar, la sociedad ya no le considera con la prestancia social que antes tenía, ni posee ya, en el consenso de la sociedad, la fuerza social que hace unos años se le concedía, y que él usaba a diestro y siniestro en forma bastante tiránica. La mejor prueba es el endémico clericalismo de este país español, del cual todavía no hemos salido suficientemente. Hemos olvidado una gran verdad, que ahora tenemos que recuperar: que no sólo en la sociedad civil el sacerdote empieza a carecer de importancia, sino también en la Iglesia misma, porque "el sacerdote parece ser todo y, sin embargo, no es más que un elemento del Reino de Dios", como dijo el gran teólogo de Tubinga Antón Graf hace más de un siglo.

Una de las personas que, después de mi conferencia, estableció un diálogo conmigo, se empeñaba, sin embargo, en describir la Iglesia todavía como una pirámide clerical. Según ella, todo provenía primero de los jefes eclesidísticos, hasta llegar gradualmente a los fieles seglares. Pero las cosas no son así. Los obispos orientales, que conser-

van mucho más cuidadosamente que los latinos las antiguas tradiciones cristianas, dieron un testimonio decisivo durante el Concilio Vaticano II. A los obispos latinos, todavía partidarios de este clericalismo piramidal, les recordaron una cosa evidente: que los creyentes fueron antes que los dirigentes; y que sin ellos, la Iglesia no sería nada más que una caricatura del Evangelio que nos avasallaría como una verdadera camisa de fuerza. Primero es la vida, y después el servicio a esta vida. De ahí que el sacerdocio, incluso el Papa, son solamente un servicio, pero no un dominio. Y desde aquellos días de hace diez años, en que parecía una frase dura decir, como monseñor Edelby, que "hay como una morbosa obsesión del primado del Papa", hoy hemos superado esta "papatría", y todos ponemos en su sitio cada vez más claramente al clero alto o bajo. La razón es porque el sacerdote, "al lado de la plenitud de los demás factores religiosos, es un elemento que verdaderamente casi desaparece" (Padre A. Graf).

El camino antiguo de la dominación, ni puede ni debe ser el camino del sacerdocio católico. Como tampoco puede ser el sacerdote un adivino ni un mago. Aunque choque a algunos católicos, el gran teólogo X. Arnold asegura por eso que "el predicador no es representante de Dios, sino mediador entre Dios y el hombre" (Mensaje de Fe). Siempre la misma estructura es la que configura al sacerdocio: una estructura de servicio, pero no de dominación.

En el primitivo cristianismo, cuando se utilizaba la palabra "predicador", se refería primero a los seglares, y no a los ministros sagrados, porque "Cristo primero se unió a los fieles, a los cuales pertenece de derecho la predicación del Evangelio; y después les dio a los Apóstoles, y sólo más tarde les escogió una cabeza" (Monseñor Edelby).

Llegamos así, sin darnos cuenta, a un nuevo planteamiento del mundo cristiano futuro. El que se decía en el Nuevo Testamento, y que en gran parte se había olvidado: el del "sacerdocio de los fieles".

Los cristianos que todavía perduramos, somos cada vez más conscientes de que el cristianismo debe ser fermento desarrollador del mundo que, para nosotros, es el sacramento de lo divino; y el que llamamos ministro sagrado no es nada más que un modesto servidor nuestro, que debe "presidir en el amor" nuestras pequeñas asambleas de la fe, siendo "un maestro espiritual" que nos acostumbre a no depender de él, sino a valernos por nosotros mismos en nuestra función liberadora y desarrolladora del mundo.

En una palabra, pienso que el sacerdote del futuro tiene como misión desaparecer lo más posible, conforme la fe cristiana se desarrolla. Así es como terminará de una vez el clericalismo, y retoñará un cristianismo vital que produzca creyentes maduros.